

Cuaderno N° 21

Colección ARIEL

Nº 21

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

EMMANUEL J. GARCÍA

Imprenta Alsina
SAN JOSÉ, C. R.

✽ ✽ 1912 ✽ ✽

Esta selección, autorizada por el
señor Arciniegas, se ha hecho de
EL NUEVO TIEMPO LITERARIO,
Tomo X, Nos. 7 a 9. Bogotá, 5 de
marzo de 1911.



ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

CONOCIDO POETA COLOMBIANO Y PERIODISTA

Director, desde hace siete años, del diario "El Nuevo Tiempo"
de Bogotá
y de la importante revista semanal "El Nuevo Tiempo Literario"

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

CONTENIDO

PÁGINA

Armonía lunar	5
A solas	6
Flor de nieve	9
Junto al Rhin	9
Bajo el rosal	11
Medallón	12
Elegía	13
Paisaje	18
Inmortalidad	18
Voe soli!	23
La iglesia vacía	24
Noche de invierno	25
In memoriam	26
El alma muerta	27
Extática	28
Flor del Guaire	28
La ronda de noche	29
Su mano	31
El sendero	31
La idea	34
En Colonia	35
A unos	37
A orillas del lago	37
Su alcoba	38
A una cubana	40
Betsy	41
Jesús	50
El beso	51
El organillo	52

Pues aparte de los que se llaman hombres prácticos y serios, gente muy buena pero de entendimiento prosaico y romo, van por la vida otros en cuyos corazones hay como un rincón para los veinte años.

Y veinte años son amor, esperanza y poesía.

A esas almas solitarias, enamoradas de un ensueño, van estos versos; van como acentos de juventud, como confidencias a media voz, en la hora del crepúsculo, de un espíritu que sobre las asperezas de la vida y entre los odios de los hombres, ha alzado siempre, a modo de bandera, el Ideal.

I. E. A.

Del Prólogo de las CIENTOS POESÍAS
publicadas en *El Nuevo Tiempo Literario*.

POESÍAS ESCOGIDAS

Armonía lunar

En la tranquila y recatada estancia,
de áureos brocados y de roja alfombra,
un manojo de rosas su fragancia
al aire daba, en la naciente sombra.

Suelto el rubio cabello, blanca y leve,
apareció la virgen soñadora,
y semejava como airón de nieve
besado por un rayo de la aurora.

En la penumbra medio oculto el piano,
confidente de sueños, se veía,
como aguardando conocida mano,
mensajera del ritmo y la armonía.

... Y las notas vibraron. De la luna,
que desceñía sus flotantes velos,
un rayo entró a la estancia, como una
indiscreta mirada de los cielos.

Al oro de los cuadros dió fulgores,
brilló en las colgaduras de brocado,
hizo en la sombra resaltar las flores,
y cayó... como un beso en el teclado.

Y el rayo de la luna y las ignotas
cadencias se fundieron en fragancia...
Surgían, como luz, las claras notas
y la luz... era música en la estancia.

Y en la calma, a los sueños oportuna,
el corazón absorto no sabía
si era cadencia el rayo de la luna,
o era rayo de luna la armonía,

A solas

Quieres que hablemos? Está bien. Empieza.
Habla a mi corazón como otros días...
Pero no!... qué dirías?
Qué podrías decir a mi tristeza?
... No intentes disculparte: todo es vano!
Ya murieron las rosas en el huerto;
el campo verde lo secó el verano,
y mi fe en tí, como mi amor, ha muerto.

Amor arrepentido,
ave que quieres regresar al nido
al través de la escarcha y las neblinas;
amor que vienes aterido y yerto,
donde fuiste feliz... ya todo ha muerto!
No vuelvas... Todo lo hallarás en ruinas!

A qué has venido? Para qué volviste?
Qué buscas?... Nadie habrá de responderte!
Está sola mi alma, y estoy triste,
inmensamente triste hasta la muerte.

Todas las ilusiones que te amaron,
las que quisieron compartir tu suerte,
mucho tiempo en la sombra te esperaron,
y se fueron... cansadas de no verte.

Cuando por vez primera
en mi camino te encontré, reía
en los campos la alegre primavera...
Todo era luz, aromas y armonía.

Hoy todo cuán distinto... Paso a paso
y solo voy por la desierta vía,
—nave sin rumbo entre revueltas olas—
pensando en las tristezas del Ocaso,
y en las tristezas de las almas solas.

En torno la mirada no columbra
sino aspereza y páramos sombríos;
los nidos en la nieve están vacíos,
y la estrella que amamos, ya no alumbraba
el azul de tus sueños y los míos.

Partiste para ignota lontananza
cuando empezaba a descender la sombra.
... Recuerdas? Te llamaba mi esperanza,
pero ya mi esperanza no te nombra!

No ha de nombrarte!... Para qué?... Vacía
está el ara, y la historia yace trunca.
Ya para qué esperar que irradie el día!
Ya para qué decirnos: *Todavía*,
si una voz grita en nuestras almas: *Nunca!*

.

Dices que eres la misma; que en tu pecho
la dulce llama de otros tiempos arde;
que el nido del amor no está deshecho;
que para amarnos otra vez, no es tarde...

Te engañas!... No lo creas!... Ya la duda
echó en mi corazón fuertes raíces,
ya la fe de otros años no me escuda;
quedó de sueños mi ilusión desnuda,
y no puedo creer lo que me dices.

No lo puedo creer! Mi fe burlada,
mi fe en tu amor perdida,
es ancla de una nave destrozada,
ancla en el fondo de la mar caída.

.

Anhelos de un amor, castos, risueños,
ya nunca volveréis!... Se van... se esconden.
Los llamas?... Es inútil... No responden.
Ya los cubre el sudario de mis sueños!

Hace tiempo se fué la primavera...
Llegó el invierno fúnebre y sombrío!
Ave fue nuestro amor, ave viajera,
y las aves se van cuando hace frío!

EMMANUEL J. GARCÍA

Flor de nieve

De nardos y lirios te hicieron las hadas,
de suaves fulgores y copos de espuma;
y blanca, más blanca que un alba del polo,
nacida pareces en noche de luna.

Tu alma es sagrario de castos anhelos...
La vida te canta, la dicha te arrulla;
y al verte me finjo las blancas visiones
que sueñan los bardos del Rhin en las brumas.

Junto al Rhin

Junto al Rhin, el viejo río,
el río de las leyendas,
un castillo silencioso
alza sus torres de piedra,
del señor de la comarca
la sombría fortaleza.

La niña de ojos azules,
de rizada cabellera,
de tez de nieve y de grana,
casto ideal de poeta;
la que mis sueños tranquilos
cruza vaporosa, aérea,
cual Holda cruza el espacio

en noches de primavera,
la adorada de mi vida
que me ha jurado fe eterna,
allí vive, para el mundo
escondida su belleza.

Cuando las luces se apagan
en las sombrías almenas,
y el castillo está embozado
en su manto de tinieblas,
llego vestido de paje
a la marmórea escalera
donde me aguarda mi amada,
la niña de rizas trenzas,
la de los ojos azules
que me ha jurado fe eterna;
y el paseo comenzamos
de brazo por la alameda;
y *ella* al oído me dice,
con voz apagada y trémula,
—en mi hombro, pensativa,
reclinada la cabeza—
lo que ha soñado en sus noches,
sus imposibles quimeras,
las ternuras de su alma,
sus recónditas tristezas;
y yo, soñador, le narro
cuentos de hermosas princesas
enamoradas de pajes
que han muerto de amor por ellas;
y al decirle mis dolores,
mis sueños y mis tristezas,
melancólica me mira,
llora, y las manos me estrecha.

Y cuando en el cielo pálido
muriendo van las estrellas,
la dejo en la escalinata
y repaso la alameda,
cabizbajo, recordando
lo que olvidé junto a *ella*,
lo que pensaba decirle:
más sueños y más promesas.

Y cruzo el Rhin en mi barca...
Y en tanto en las ondas crespas
juegan con la blanca espuma
las hadas de las leyendas.

Bajo el rosal

La vi sentada de perfil
bajo el ramaje del rosal.
Parecía blanca, lilial,
como una estatua de marfil.

Con murmurio lento y sutil
la arrullaba el claro raudal...
Era una sonrisa de Abril
bajo el ramaje del rosal.

Blonda Princesa medioeval
fingí mirar, o de *Las mil
y una noches* hada oriental
cuando a la sombra del rosal
la ví sentada de perfil.

Medallón

Tus ojos verdes, tus bellos
ojos de dulce mirar,
son cual remanso del mar
de la tarde a los destellos.

Tus cejas y tus pestañas
parecen, por su negrura,
girones de noche oscura
perdidos en las montañas.

Tu oreja, pequeña y fina,
de lóbulo delicado,
es un pétalo rosado
o leve concha marina...

Tus labios, en donde arde
la sangre en ebullición,
rojos arreboles son
en las nubes de la tarde.

Es como noche polar
tu cabellera tupida,
un ave negra, dormida,
en las espumas del mar.

Tu mejilla sonrosada
hace recordar al verla,
en cielo color de perla
los tintes de la alborada.

Y tu acento seductor
tiene la dulzura arcana
de una balada alemana
bajo los tilos en flor.

Cual coro de aves viajeras,
cantan la dulce canción
del Ensueño y la Ilusión
tus diez y seis primaveras.

Dejando brillante rastro
vuela ya la mariposa.
Eras botón, ya eres rosa!
Eras fulgor, ya eres astro!

Que esclavice tu hermosura!
Vence, subyuga y encanta!
En toda tristeza canta,
y en toda sombra fulgura!

Elegía

* Valparaíso — 1877.

† Caracas — 1899.

Bajo un Cristo de mármol, que sombrea una palma,
descansa para siempre la amada de mi alma.

Bajo un Cristo que se alza con los brazos abiertos,
la amada de mi alma descansa entre los muertos.

Era un lirio en figura de mujer. Era un lirio
que la vida apagaba como llama de un cirio.
Abstraída en sus sueños, a todo indiferente,
vivía vida interna, vivía mentalmente.

porque fué la incansable, la errabunda viajera
del azul y lejano país de la Quimera,
dónde abrirse veía, bajo un cielo risueño,
los lirios no tocados, las rosas del Ensueño.

Del tropel de los hombres esquivó la alegría,
flor pálida, flor triste, flor de Melancolía.
Desligada de cuanto seduce y enamora,
no pidió a las tinieblas de la noche, la aurora,
porque en su mente ardía siempre una clara estrella,
y su mundo de sueños iba siempre con *ella*.

Ya, bajo extraños cielos, en edades remotas,
desde alcázar sombrío, junto al mar, las gaviotas
volar miraba, mientras entre las grises brumas
llegaban a la playa deshechas las espumas;
y a la senda lejana, que alumbraban los rojos
rayos del sol poniente, dirigía los ojos
en vano. Y no llegaba su señor, el guerrero,
el del caballo árabe, el del cortante acero,
el del penacho blanco.

Ya era Beatriz o Laura;
ya en los Juegos Florales era Clemencia Isaura;
y, Reina de la fiesta, bajo luces y flores,
los cánticos oía de errantes trovadores,
que en el feudal castillo loaban su pureza,
y al són de bandolines cantaban su belleza.

De negro terciopelo vestida, y larga cola,
de perlas adornada, y al cuello blanca gola,
por verdes alamedas con el amado iba
en noches estrelladas y diáfanas.

Furtiva,
la luna, los miraba tras el ramaje espeso,
en tanto que vibraba la música de un beso.

Ya alzábanse en su mente fantásticas las calles,
llenas de luz y cantos, de un ideal Versailles,
y de acordadas músicas al dulce y vago són,
de damas y galanes poblábase el Trianón,
y sobre altos tacones descansando su pie
era allí por su garbo la reina del minué...
Porque fue la incansable, la errabunda viajera,
del azul y lejano país de la Quimera.

Amó el silencio. Vida de quietud fue su vida;
de un ideal Ensueño la casta prometida,
buscó el silencio siempre, buscó el recogimiento,
y así nutrió en la calma de luz su pensamiento.

Amó los versos tristes, los que cantan dolores
recónditos y mudos, y hablan de secas flores
que marcan una página; de soles extinguidos
que alumbraron la dicha de dos almas; de nidos
donde cayó la nieve; de los blancos pañuelos
que en la playa se agitan diciendo *Adiós*; de anhelos
imposibles; de plantas que punzan los abrojos...
de nombres que son lágrimas eternas en los ojos!

En su alma cantaba la Armonía.

El piano,
amado confidente, fue dócil a su mano,
y evocaban sus notas las leyendas del Rhin;
la barca con el cisne del rubio Lohengrin;
la luna sobre campos cubiertos por la nieve;
la luna sobre lagos y sobre el mar; el leve
rumor del aura; el beso de un labio en la agonía;
las flores del sepulcro; la cama dura y fría
de tierra donde duerme lo que en la vida amamos;

la trenza de cabellos que en lágrimas bañamos;
por el sér que agoniza la postrimer plegaria,
y el grito en las tinieblas del alma solitaria.

A mi memoria vuelve, como en felices días,
a evocar del pasado recuerdos y alegrías;
la muerte, de sus sombras calladas, la devuelve
intacta ante mis ojos, y torno a verla...

Y vuelve

de traje gris vestida, su color preferido;
un ramo de violetas sobre el pecho prendido
(las flores que *ella* amaba); la cabellera oscura
y crespada, en dos partida; delgada la cintura;
esbelta; el busto breve como de estatua griega;
pálida como lago tranquilo donde riega
su luz la luna en noche de invierno; las pupilas
negras, con puntos de oro, y en torno azules lilas;
la voz nerviosa y rápida; larga y fina la mano;
la boca, dos botones de rosa en el verano,
y como perla de agua que al claro sol se irisa,
como radiante estrella su púdica sonrisa.

Así fué, y así vive. Vive así, casta y pura,
en mi memoria, espejo do esplende su hermosura
de nostálgica virgen, con nostalgia del cielo,
con nostalgia de mundos que conoció su anhelo,
con nostalgia de edades remotas. Es la estrella
que surge de las sombras, más diáfana y más bella.

.....

Como tronchado lirio la vi sobre su lecho,
como una flor de nieve: las manos sobre el pecho
y un crucifijo en ellas; el cuerpo, frío, inerte;
en sus mejillas pálidas las huellas de la muerte;

entornados los párpados; la nariz afilada,
y mustia ya la boca como una rosa ajada.
Entonces, junto a ella, mudo caí de hinojos,
postrada el alma, y llenos de lágrimas los ojos,
y como ofrenda última de un casto y triste amor,
cubrí de blancas flores aquella muerta flor.

.....

Amó? Cruzó sus éxtasis una imagen querida?
De un ideal Ensueño fue sólo prometida?...
Cuando en las tardes grises, sentada en su ventana,
hundía las pupilas en la extensión lejana,
el que la amó en silencio, y ambicionó la gloria
por *ella* solamente, pasó por su memoria?
En las noches sin sueño, cuando callaba todo
en su alcoba de virgen, y, en la almohada el codo,
a la luz de una lámpara, dejaba el pensamiento
libre vagar cual ave que va a merced del viento,
no evocó su memoria los tristes corazones
que vieron en silencio morir sus ilusiones,
que nunca su ternura quisieron compartida,
y sin amor pasaron callados por la vida?...
De niveos azahares la cabellera ornada,
de blanco, y con el velo de casta desposada,
vió su noche de bodas, y vió el hogar tranquilo,
la alcoba en la penumbra, de un puro amor asilo,
y con el alma inquieta, y el corazón opreso,
sintió sobre sus labios el anhelado beso?

Amó? Cruzó sus sueños una imagen querida?

.....

Dormid, dormid con ella, secretos de su vida,
en tanto que en silencio, y en noche sin aurora,
un alma, sola y triste, sobre su tumba llora!

Paisaje

De verdes sauces entre doble hilera,
de la agria roca al coronar la altura,
a lo lejos, cortando la llanura,
se ve la polvorosa carretera.

Donde se parte en dos la cordillera
se divisa una casa, y su blancura
resalta del trigal en la verdura
cual si velamen de una barca fuera.

Del saucedal bajo el ramaje amigo
clavo la vista en el hogar risueño,
de dos almas talvez dichoso abrigo;

y bajo el peso de tristeza ignota
finjo visiones de un borrado sueño,
y hondo suspiro de mi pecho brota.

Inmortalidad

*... all the boundless universe
is life—there are no dead.*

J. L. Mc. CREERY

1

A la luz de la tarde moribunda
recorro el olvidado cementerio,
y una dulce piedad mi pecho inunda
al pensar de la muerte en el misterio.

Del occidente a las postreras luces
mi errabunda mirada sólo advierte
los toscos leños de torcidas cruces,
despojos en la playa de la Muerte.

De madre selvas, que el Abril enflora,
cercado humilde en torno se levanta,
donde vierte sus lágrimas la aurora,
y donde el ave, por las tardes, canta.

Corre cerca un arroyo en hondo cauce
que a trechos lama verdinegra viste,
y de la orilla se levanta un sauce,
cual de la Muerte centinela triste.

Y al oír el rumor en la maleza,
mi mente inquiere, de la sombra esclava,
si es rumor de la vida que ya empieza,
o rumor de la vida que se acaba.

«Muere todo?» me digo. En el instante
alzarse veo de las verdes lomas,
para perderse en el azul radiante,
una blanca bandada de palomas.

Y del bardo sajón el hondo verso,
verso consolador mi oído liere:
*No hay muerte, porque es vida el universo;
los muertos no están muertos... Nada muere!*

2

No hay muerte! todo es vida!...

El sol que ahora,
por entre nubes de encendida grana
va llegando al ocaso, ya es aurora
para otros mundos, en región lejana.

Peregrina en la sombra, el alma yerra
Cuando un perdido bien llora en su duelo.
Los dones de los cielos a la tierra
no mueren... Tornan de la tierra al cielo!

3

Si ya llegaron a la eterna vida
los que a la sima del sepulcro ruedan,
con júbilo cantemos su partida,
y lloremos más bien por los que quedan.

Sus ojos vieron, en la tierra, cardos,
y sangraron sus pies en los abrojos...
Ya los abrojos son fragantes nardos,
y todo es fiesta y luz para sus ojos!

Su pan fue duro, y largo su camino,
su dicha terrenal fue transitoria...
Si ya la muerte a libertarlos vino,
por qué no alzamos himnos de victoria?

4

La dulce faz en el hogar querida,
que fue en las sombras cual polar estrella;
la dulce faz, ausente de la vida,
ya sonríe más fúlgida y más bella!

La mano que posada en nuestra frente,
en horas de dolor fue blanda pluma,
transfigurada, diáfana, fulgente,
ya como rosa de Sarón perfuma.

Y los ojos queridos, siempre amados,
que alegraron los páramos desiertos,
aunque entre sombras los miréis cerrados,
sabed que están para la luz abiertos!

Y el corazón que nos amó, santuario
de todos nuestros sueños terrenales,
al surgir de la noche del osario,
es ya vaso de aromas edenales.

Para la nave errante, ya hay remanso;
para la mente humana, un mundo abierto;
para los pies heridos... ya hay descanso,
y para el pobre náufrago... ya hay puerto.

5

No hay muerte, aunque se apague a nuestros ojos
lo que dió a nuestra vida luz y encanto;
todo es vida, aunque en míseros despojos
caiga en raudal copioso nuestro llanto!

No hay muerte, aunque a la tumba a los que amamos
(la frente baja y de dolor cubiertos),
lleemos a dormir... y aunque creamos
que los muertos queridos están muertos.

Ni fue su adiós eterna despedida...
Como buscando un sol de primavera
dejaron las tinieblas de la vida
por nueva vida, en luminosa esfera.

Padre, madre y hermanos, de fatigas
en el mundo sufridos compañeros,
germen fuisteis ayer... hoy sois espigas,
espigas del Señor en los graneros!

Dejaron su terrena vestidura
y ya lauro inmortal radia en sus frentes;
y aunque partieron para excelsa altura,
con nosotros están... no están ausentes!

6

Son luz para el humano pensamiento,
rayo en la estrella y música en la brisa.
Canta el aura en las frondas?... Es su acento!
Una estrella miráis?... Es su sonrisa!

Por eso cuando en horas de amargura
el horizonte ennegrecido vemos,
oímos como voces de dulzura,
pero de dónde vienen... no sabemos!

Son *ellos*... cerca están! Y aunque circuya
luz eterna a sus almas donde moran,
en el placer, nuestra alegría es suya,
y en el dolor, con nuestro llanto lloran.

A nuestro lado van. Son luz y egida
de nuestros pasos débiles e inciertos.
No hay muerte... Todo alienta, todo es vida!
Y los muertos queridos no están muertos!

Porque al caer el corazón inerte
un mundo se abre de infinitas galas,
y como eterno galardón, la Muerte
cambia el sudario del sepulcro, en alas!

Voe soli!

En dónde estás, ensueño peregrino,
ensueño de mi vida sin ventura?
Tarde, muy tarde, ante mi fosa oscura
quizá vendrás como ideal divino.

Dónde te oculta mi fatal destino?
Bajo qué cielo esplende tu hermosura?
Sin tí en mi senda ni una luz fulgura...
Sin tí es largo, muy largo, mi camino.

Y te llamo con voz desfallecida,
te llamo y no respondes... Y ya creo
que no vendrás, hermosa prometida.

Y talvez, oh ilusión de mi deseo!
Oh mitad de mi alma y de mi vida!
Talvez paso a tu lado... y no te veo.

La iglesia vacía

Por las rotas vidrieras
los azules convólvulos asoman,
y entran vagos rumores con el aura,
y campestres aromas.

La lámpara vacila ante el Sagrario,
que ya se oculta en la naciente sombra,
y se desprenden mustias
de los jarrones del altar las rosas.

Escondiéndose van las golondrinas
tras los viejos retablos, donde esboza
un rayo moribundo de la tarde
cabezas blancas y cabezas blondas.

De un pájaro extraviado
se escucha el aleteo en la ancha bóveda;
y el viento finge trémulo sollozo
al pasar por las altas claraboyas.

Y parece que vienen a sentarse
en las bancas lustrosas,
dolientes sombras de queridos seres,
sombras que el alma con cariño evoca.

En el sombrío coro
el órgano reposa,
esperando una mano delicada
que de él arranque las dormidas notas.

Y para alzar el vuelo,
cual pájaros que sueñan con la aurora,
en las viejas cornisas y en los nichos
aguardan a un poeta las estrofas.

Noche de invierno

—No escuchas?...

—Es la lluvia que roza los cristales.

—No escuchas?...

—Nada temas. Es el rumor del Rhin.

Son las heladas brisas, las brisas invernales
que juegan con las flores marchitas del jardín.

Los pinos cabecean; el cielo está sombrío,
y el viento aúlla, aúlla con tétrico rumor;
afuera todo es muerte, y soledad y frío...
Ay de las almas tristes, las almas sin amor!

—Leemos?

—Lée, bien mío, como en lejanos días,
los cantos del poeta de tu país natal;
mas no!... tiene más dulces y vagas armonías
tu voz que del poeta el cántico inmortal.

Sobre el cojín de raso do apoyas tu cabeza,
de la rosada lámpara al trémulo fulgor,
en vivos resplandores irradia tu belleza
cubierta con el blanco y holgado peinador.

EMMANUEL J. GARCÍA

Oh carne, oh carne mórbida, oh carne sourosada,
oh labios que he besado con loco frenesí,
sois míos... sólo míos! Verdad, mi bien amada,
verdad que es tu hermosura tan sólo para mí?

Corra la vida aprisa, destelle en el oriente
el sol para las almas esclavas del dolor,
y siga en noche eterna mi corazón ardiente
soñando con la dicha, soñando con tu amor!

Riega sobre mis hombros tu blonda cabellera;
unamos nuestros labios en ósculo sin fin...
y deja que la lluvia sacuda la vidriera
y rumoree a lo lejos entre la bruma el Rhin.

In memoriam

Tenía la tristeza del cielo en el otoño,
la tristeza de un rayo de luna sobre el mar;
lo raro y misterioso que al corazón seduce,
y de un ensueño casto la dulce vaguedad.

Su palidez hablaba de anhelos imposibles—
estrellas apagadas en un lejano azul—
de anhelos imposibles en días de esperanza,
cuando se abría al cielo, cual flor, su juventud.

Copo de nieve, copo que cruza las tinieblas,
intacto, así la vida cruzó su corazón.
Selló un misterio siempre su alma. Y sólo un beso,
el beso del Ensueño, su labio conoció.

De sueños de pureza formó su virgen alma,
—enamorada eterna de un místico ideal—
de sueños de pureza... cual ramo de albas flores,
cual ramo que debía morir en un altar.

El alma muerta

Oh la paz y el silencio de los tiempos feudales,
cuando fuí solitario monje benedictino;
cuando amor de mis noches fué el Cordero divino,
y pintaba mayúsculas en los grandes misales!

De mi carne el cilicio fueron verdes rosales,
y mi sólo regalo fué la hostia y el vino,
y de abrojos punzantes ericé mi camino,
do vagaran un tiempo los Pecados mortales.

Pero fueron ayunos, y oraciones en vano...
Siempre rojas mayúsculas dibujaba mi mano,
siempre en rojas mayúsculas se extasiaban mis ojos.

De Satán fué mi alma, de Satán fué mi anhelo...
Pues cerró con tinieblas mi camino hacia el cielo
el recuerdo implacable de unos labios muy rojos.

Extática

A Rubén Darío

En medio de los hombres, amada, dulce y bella
cruzaba como un alba, como un radioso ensueño;
después su rojo labio dejó de ser risueño,
y semejaba, pálida, una enfermiza estrella.

Las puertas de un convento cerráronse tras ella;
era todo lo humano, para su amor, pequeño;
y hoy se abre ante sus ojos el mundo azul del sueño,
y finge que su planta ya el Paraíso huella.

Lejos del mundo triste, donde el dolor es austro,
su alma es incensario, y aquella flor del claustro
derrama en torno suyo de santidad perfume.

Cerrado para siempre su oído a la lisonja,
de rosas y de lirios riega el altar la monja,
y en éxtasis, orando, su vida se consume.

Flor del Guaire

Morena cual las núbiles huríes del Profeta;
hermosa como ensueño que vaga en los palmares,
en tanto que la guzla solloza en los aduares
y el verso surge alado del alma del poeta;

la noche en los cabellos, en la pupila inquieta
la luz de donde hierven los soles a millares,
así te miro, y eres cadencia en los cantares
del bardo, y del artista color en la paleta.

Sueños azules, plácidos, te halagan seductores;
la Juventud destella sobre tu sien fulgores;
te da el Amor sus rosas y la Virtud sus palmas.

Brilla en tu cumbre. Encanta con tu genial donaire,
y sé en la vida siempre, radiosa flor del Guaire,
delicia de los ojos y encanto de las almas.

La ronda de noche

Allá en la oscura hondonada,
del sol a la luz incierta,
se ve la casa desierta
en donde vivió mi amada.

En medio al maizal tupido,
que se extiende hasta la loma,
parece blanca paloma
que cubre amorosa un nido.

Cuando es de noche en la honda
y rumorosa cañada,
marcho a la casa olvidada,
como alma en pena que ronda.

En el largo corredor
sordo mi paso retumba...
Aquello parece tumba
que no embalsama una flor!

Y me encamino a su reja
y pongo el oído atento,
y tan sólo escucho el viento
que alza, al pasar, una queja.

Bajo cortina de hiedra,
donde con voz de reproche
el aura gime en la noche,
se encuentra un banco de piedra,

y en él me siento a traer
a mi alma, que arropa el duelo,
aquellas horas de cielo
que nunca habrán de volver;

horas en que ya sin calma,
del amor en el exceso,
temblaba en su labio el beso
y en sus pupilas el alma;

y en que su voz celestial
mi corazón arrullaba,
mientras la noche cantaba
en el frondoso maizal.

...
... Oh alma! en vano la nombras,
en vano buscas sus rastros!...
Serenos brillan los astros,
y el perro ladra en las sombras.

Su mano

Mano breve, mano blanca,
mano de color de cirio,
que como botón de lirio
del redondo brazo arranca;

mano blanca, mano fina,
que un aroma vago deja,
y por fina se asemeja
a una joya florentina;

mano de color marmóreo
para caricias formada,
y que parece bañada
en luz de un astro hiperbóreo:

para ahuyentar mi hondo hastío,
suave mano de magnolia,
como vibra un arpa eolia
haz vibrar el cuerpo mío.

El sendero

Dulce recuerdo! Fué en Costa Rica
bajo la sombra de un cafetal.
Bajo aquel cielo que centuplica
en las regiones de Costa Rica
toda la gloria primaveral.

Con su sombrero claro de caña,
y con su traje de albo linón,
con su belleza dulce y extraña,
y su sombrero claro de caña,
era una aérea, casta visión.

Había en ella, serena y blanca,
todo el encanto de lo que fué.
En su mirada límpida y franca
lucía el cielo. Y era tan blanca
como la nívea flor del café.

Su cabellera resplandecía
como en las nubes áureo arrebol;
era del campo la poesía,
y entre el ramaje resplandecía
cual blanco lirio que besa el sol.

Ibamos solos por un sendero,
íbamos solos, y lento el pie.
Oh tarde hermosa del mes de Enero!
Oh verdes campos!... Aquel sendero
del paraíso la senda fué.

Le dije entonces: «Cual peregrino
que con su ofrenda va a extraño altar
y a merced vaga de su destino,
como romero, cual peregrino,
doliente huello tu patrio hogar.

Soy ave errante. Soy el poeta
que de la lira formó su cruz.
Nave que empuja la ola inquieta,
vago sin rumbo. Soy el poeta
que como guía busca una luz.

Busco en el cielo de un alma pura
lo que mi alma nunca encontró.
Si a mi cariño, si a mi ternura
abres el cielo de tu alma pura,
seré yo el ave que el nido halló».

Nada dijeron sus labios rojos
aunque en sus ojos la gloria ví.
Su faz cubrieron leves sonrojos...
Nada dijeron sus labios rojos,
pero sus ojos dijeron sí.

Como romero, cual peregrino
que del destino marcha al azar
hallando zarzas en su camino,
como romero, cual peregrino,
crucé doliente de nuevo el mar.

Con sus encantos primaverales,
y siempre mío su corazón,
cruza de nuevo los cafetales,
con sus encantos primaverales,
como una aérea blanca visión?

Sola y doliente, por el sendero
que oyó mis votos de eterna fé,
vaga en las tardes del mes de Enero,
o nunca ha vuelto por el sendero
que de la gloria la senda fué?

En mi camino penoso y largo
su casta imagen conmigo va,
del vaso mío quita lo amargo,
y en mi camino penoso y largo
luz en las sombras siempre será!

Dulce recuerdo de Costa Rica,
de aquella tierra que centuplica
toda la gloria primaveral!
Dulce recuerdo de Costa Rica
bajo la sombra de un cafetal!

La idea

Ya comienza el fermento de la Idea
que va a surgir de su prisión oscura.
Fecundóla en su noche la amargura,
porque el dolor, como destruye, crea.

Tras la pálida frente ya aletea;
ya con ignoto resplandor fulgura;
y al fin la Idea, luminosa y pura,
tiende el ala y vivaz relampaguea.

Embrión ayer, despedazado el velo,
hoy es vida. Quién puede contenerla,
si ya ha arrancado el infinito vuelo?

Doquiera deja deslumbrante rastro...
Gota de cieno convertida en perla,
gota de sombra convertida en astro!

En Colonia

En la vieja Colonia, en el oscuro
rincón de una taberna,
tres estudiantes de Alemania un día
bebíamos cerveza.

Cerca el Rhin murmuraba entre la bruma
evocando leyendas,
y sobre el muerto campo y en las almas
flotaba la tristeza.

Hablábamos de amor, y Franz, el triste,
el soñador poeta,
de versos enfermizos, cual las hadas
de sus vagos poemas,

«Yo brindo» dijo «por la amada mía,
la que vive en las nieblas,
en los viejos castillos y en las sombras
de las mudas iglesias;

por mi pálida musa de ojos castos
y rubia cabellera,
que cuando entro de noche a mi buhardilla
en la frente me besa».

Y Karl, el de las rimas aceradas,
el de la lira enérgica,
cantor del sol, de los radiantes cielos
y de las hondas selvas,

el poeta del pueblo, el que ha narrado
las campestres faenas,
el de los versos que en las almas vibran
cual músicas guerreras,

«Yo brindo» dijo «por la amada mía,
la hermosa lorenesa,
de ojos ardientes, de encendidos labios,
y riza cabellera;

por la mujer de besos ardorosos
que aguarda ya mi vuelta
en los verdes viñedos donde arrastra
sus aguas el Mosela».

«Brinda tú!» me dijeron. Yo callaba
de codos en la mesa,
y ocultando una lágrima, alcé el vaso
y dije con voz trémula:

«Brindo por el amor que nunca acaba!...»
Y apuré la cerveza,
y entre cantos y gritos exclamamos:
«Por la pasión eterna!»

Y seguimos risueños, charladores,
en nuestra alegre fiesta...

Y allí mi corazón se me moría,
se moría de frío y de tristeza!

A unos

A dónde? Al porvenir! A la alta cumbre
donde brillan, cual fúlgidos fanales,
del arte los eternos ideales
bajo cascadas de sidérea lumbre.

En medio de la absorta muchedumbre
entonad vuestros cánticos triunfales.
Subid! Volad cual águilas reales,
y luz de gloria vuestra senda alumbre.

Buscad, para que viva vuestra fama,
amplios caminos, nunca los atajos.
Subid! Volad! El porvenir os llama!

Pero mi anhelo es vapo, oh seres viles!
Cómo podréis subir... si sois tan bajos!
Cómo podréis volar... si sois reptiles!

A orillas del lago

Fué miraje del mundo de las almas?
No sé si fué verdad o vago ensueño,
pero es recuerdo que en mis noches vive,
y flota, como luz, en mi cerebro

La luna se elevaba entre los árboles
sobre un jirón azul del limpio cielo,
y a la cita acudieron nuestras almas
que en otra vida para aquí se dieron.

Dormido el lago a nuestros pies temblaba,
y se abrían las flores, por el beso
de la luz despertadas, y nosotros
oíamos, callados, el silencio.

Y viéndonos unidos y felices,
pensamos en las almas sin consuelo
que no se unen jamás, aunque se buscan,
y que sucumben, persiguiendo un sueño.

Pensamos en aquellos corazones
do arde la llama de un amor eterno,
y no encuentran un alma que los ame,
y pasan tristes... en la vida muertos.

Fue sueño? Fue verdad?...

—Ay! Cuántas veces,
cuando viene a mi mente ese recuerdo,
mi corazón, enfermo de tristeza,
palpita entre la nieve del invierno!

Su alcoba

Fatigada ya, su mano
sobre las teclas vagó,
y soñolienta arrancó
el último acorde al piano.

Y como aroma que exhala
una flor, y al viento flota,
aquella postrera nota
queda vagando en la sala.

Y va la niña a su alcoba,
y se alzan visiones puras
de las blancas colgaduras
de su lecho de caoba.

Por el alto mirador
entran a la tibia estancia
el rumor y la fragancia
de los naranjos en flor.

Se ve al través del bosque
un astro que parpadea,
y la brisa cuchichea
en las cortinas de encaje.

Y de un amor ideal,
memorias quizá adoradas,
hay flores secas, regadas
en las mesas de nogal.

Entre esos ramos dispersos,
de festines olvidados,
muestra sus cortes dorados
abierto un libro de versos.

Al fulgor azul y escaso
que la lámpara derrama
brillan cerca de la cama
sus zapatillas de raso.

Y finge la luz visiones,
visiones que sonrientes
se reclinan indolentes
en los tallados sillones.

Y en la penumbra se ve,
bañado en tenue fulgor,
afuera del cobertor
su breve y rosado pie.

.....

Todo yace en calma. Hermosa
la luna su lumbre riega,
y a besar el lecho llega
donde la virgen reposa.

Cómo su pecho se ensancha
ante esa luz de consuelo!
Es la bendición del cielo
sobre esa frente sin mancha.

A una cubana

Como un ave viajera
va mi estrofa hasta tí, desde las brumas
donde estaba aterida y prisionera,
buscando un cielo azul de primavera,
y un ramo en flor para rizar sus plumas.

Aprendió, para tí, cantos de amores,
y lleva hasta tus cármes risueños
céfiro arrullador para tus flores,
y una estrella de dulces resplandores
para el azul radioso de tus sueños.

Llegará a tu ventana
y te dirá: «Despierta... Ya la Aurora
el espacio y los valles engalana...
Sál y muestra tu faz encantadora
para hacer más hermosa la mañana.

En los verdes alcores
la bruma en perlas trocará su manto;
todas las fuentes te darán rumores,
y como aromas te darán las flores,
todas las aves te darán su canto.»

Envío

Como el bardo del Rhin, pide mi anhelo
flor del verjel cubano, flor radiosa,
que al través de tu vida, nunca el duelo
llegue a tus ilusiones, y que el Cielo
te guarde siempre pura y siempre hermosa.

Washington

Betsy

1

Era su nombre Betsy y era de Ohio.

Un día,
en que al azar vagaba por mi ruta sombría,
los dos nos encontramos. Y la quise por bella;
después amé su alma, porque mi alma en ella
vió una luz casta y blanca, vió piedad y ternura.

Jirón azul de cielo rompió ni noche oscura,
y la luz de una estrella de fulgores risueños,
hizo abrir la dormida floración de mis sueños.

Qué fuerza misteriosa la puso en mi camino?...
Fué una intuición secreta quizá de mi destino
la que a la senda suya llevó mi errante paso?
Fué casual ese encuentro?... Fué presentido acaso?
No lo sé... ni me importa.

De raza puritana,
de aquella raza austera que a la costa britana,
buscando hogar y patria, dijo adiós sin tristeza;
de los lagos del Norte rubia flor de belleza;
los libros y la música su amada compañía,
y esquiva a los arranques de ruidosa alegría;
su flor dilecta, el lirio; mística en sus anhelos,
—palomas que sus alas tendían a los cielos;—
en contraste sus hábitos y su elación divina
con todos los impulsos de mi raza latina;
de regiones distantes dos solitarias palmas,
qué fuerza misteriosa juntó nuestras dos almas?

2

De su idioma, al principio, pocas frases sabía,
mas mezclando palabras de su lengua y la mía,
con versos que copiaba de antiguo *Florilegio*
y dísticos de Byron que aprendí en el Colegio,
le dije muchas cosas... muchas, en el Balneario
donde por vez primera la ví.

(Del solitario poeta fue la Musa desde entonces).

Su gracia
y atractiva belleza; su aire de aristocracia;
su cabellera blonda, de un rubio veneciano,
y su perfil de antiguo camafeo romano;
sus ojos pensativos y de mirar risueño
donde flotaba a veces el azul de un Ensueño;
su lunar en el cuello; su boca, viva fresa,
y al reír, sus hoyuelos; sus manos de duquesa;
sus mejillas rosadas como un durazno; el breve,
esbelto busto, en donde tuvo vida la nieve;
sus veinte años... Qué hermosa primavera florida!
Todo en ella era un himno que cantaba la vida!

En bailes, en paseos, en la playa... doquiera
de todos los galanes la preferida era.

Con su traje de lino, con su blanca sombrilla,
con sus zapatos grises de reluciente hebilla,
y el sombrero de paja con una cinta angosta,
nunca se vió más bella mujer en esa costa.

Quiso aprender mi lengua: cambiábamos lecciones,
y así fueron frecuentes nuestras conversaciones;
hasta que al fin un día — mi alma de ella esclava —
le dije que era bella... muy bella y que la amaba.

Pasado ya el verano, adiós al mar dijimos,
y en tren expreso, todos a la ciudad volvimos.

Rodaban... y rodaban las hojas, desprendidas
en raudos torbellinos, por parques y avenidas;
del árbol se oían los resoplidos roncós,
y entre brumas se alzaban casi escuetos los troncos;
en las calles formaba la lluvia barrizales
y eran soplos de invierno las brisas otoñales.
Rodaban... y rodaban las hojas. De ceniza
parecía el crepúsculo con su niebla plomiza,
y alzabase doliente la luna, en la gris y ancha
lámina de los cielos, como amarilla mancha.

Con sombrero de plumas, sobretodo entallado,
y traje azul oscuro, su rostro sonrosado
era una nota viva y alegre, era un celaje
en la helada y sombría tristeza del paisaje.

«Qué triste es el Otoño... qué triste!» me decía;
«todo se está muriendo... todo está en la agonía,
mas nuestro amor...»

(De pronto calló. Vivos sonrojos
la hicieron al instante bajar los castos ojos).
«También!» dije riendo «cual todo lo que vuela.»
Y reía... reía como alegre chicuela,
porque su claro instinto de mujer le decía
que la amaba y que nunca mi pasión moriría.

En bailes, en conciertos, en salones... doquiera
de todos los galanes la preferida era,
y aunque su amor a veces, riendo me negaba,
también reía, porque... sabía que me amaba.

4

Una tarde de invierno, cuando como un sudario la nieve, en albos copos, el parque solitario y las calles desiertas cubría; cuando el cielo era blanca mortaja; cuando espectros en duelo parecían los árboles quemados por el frío, en un diván sentados, en el salón sombrío, junto a la chimenea que con su alegre y clara luz daba un vago tinte sonrosado a su cara, enjugando una lágrima silenciosa y furtiva, «Me siento enferma y triste» me dijo pensativa.

Los aullidos del viento vibraban en la sombra... Y se alejó. Y el roce de su traje en la alfombra me arrancó de mis sueños. Incliné la cabeza, y solo, y en silencio, quedé con mi tristeza.

5

Pasó el invierno.

El cielo fue todo resplandores; el bosque, lira inmensa, y el campo, todo flores.

Y una tarde, su alcoba, después de muchos días, dejó por vez primera la enferma.

Oh, las sombrías noches en vela, noches de indecible martirio, noches interminables de fiebre y de delirio, cuando todos, henchidos de lágrimas los ojos, su vida amada al cielo pedíamos de hinojos, mientras que en el silencio de esa calma profunda se oía, delirando, su voz de moribunda!

Abierta la ventana que daba al parque, en ondas de fragancia entró el aura susurrando. Las frondas de las viejas encinas sus más gratos rumores dieron en el crepúsculo. Fue el triunfo de las flores sobre el verde sombrío de los boscajes. Era una tarde rosada, tarde de primavera.

Envuelta en amplia bata de rojo terciopelo, suelta la cabellera, como un dorado velo, y en la pálida boca, pálida flor sin vida, una sonrisa casta, como estrella dormida, tendiéndome la mano, pero baja la frente, y esquivando los ojos, avanzó lentamente.

Unidas nuestras manos, a mi lado sentada, y un instante en mi hombro su frente reclinada, quedamos en silencio...

Cuántas veces, de noche, lloroso, y en los labios el blasfemo reproche, desde ese mismo sitio sus quejidos oía, los ahogados quejidos de su larga agonía! Cuántas veces a solas, cerca de esa ventana, me sorprendió sin sueño la luz de la mañana, mientras que de la Muerte, furtiva y en acecho, oíanse los pasos en torno de su lecho!... De pronto alzó los ojos, llenos de honda dulzura, donde brillaba siempre su alma blanca y pura, y con su voz de arrullo, voz de celeste encanto, «Sé que lloraste... Gracias» me dijo, y rompió en llanto.

Por la abierta ventana soplos primaverales la fragancia traían de los verdes rosales.

Luego al parque salimos.

Su palidez de cera;
sus pasos vacilantes al bajar la escalera;
al andar, su cansancio; los círculos violados
en torno de las claras pupilas; los holgados
pliegues de su vestido; la enfermiza blancura
de las manos; los dedos, en donde con holgura
los anillos giraban; la tos, triste presagio
de que estaba marcada para el final naufragio
en la roca sombría de la Muerte; la lenta,
triste voz; la dulzura de la faz macilenta;
sus ahogados suspiros, plegarias de su anhelo,
—plegarias sin palabras para un remoto cielo—
su laxitud... Cuán pura, cuán ideal belleza,
allí mis ojos vieron con su halo de tristeza...!
Y como presintiendo su eterna despedida,
en ese dulce instante reconcentré mi vida,
y fué mi amor más grande, fué más intenso y fuerte,
al pensar que muy pronto sería de la Muerte!

Era música el vago rumor de la arboleda,
y seguimos callados por la oscura alameda.
Al verla se agitaron en sus tallos las rosas;
más aromas regaron las auras bulliciosas;
entre arbustos tupidos y fragantes macetas
asomaron sus ojos azules las violetas;
todas las campanillas en el verde bosque
como que repicaron al ver su rojo traje;
los pájaros miraban a la convaleciente,
del parque solitario tantos días ausente;
se oyeron en las frondas cual vagos cuchicheos,
y al fin la alada orquesta preludió sus gorjeos.

Los cisnes, como góndolas de alba plata bruñida,
enarcaron sus cuellos en el agua dormida,
y del sol a los tibios fulgores vesperales
destellaron las colas de los pavos reales

«La vida es la tristeza» me dijo. «Todo anhelo
del presente, mañana será amargura y duelo;
la vida es desencanto. Feliz créeme un día,
y ya vez, cuán traidora la suerte y cuán impía!
Como flor, en mi pecho, se abría la Esperanza,
y ya la Desventura por mi camino avanza.
Lentamente mi vida se extingue, Triste, enferma,
a qué traer tus sueños a la sombría y yerma
soledad de mi alma? Para qué tu alegría
trocar en amargura con mi lenta agonía?
Del árbol de la Vida fuí pálido retoño,
y me iré con las hojas marchitas del Otoño;
para toda Esperanza ya soy despojo inerte...
Tú vas para la Vida... yo voy hacia la Muerte!»

«Tus temores» le dije «son de niña mimada;
tú todo lo exageras...»

En mi brazo apoyada
el parque abandonamos, y al subir la escalera
parecía un crepúsculo su rubia cabellera.

*

Un día, para Ohio, tomó el tren..., triste día!
Y alzando la vidriera, cuando el tren ya partía
de la Estación, me dijo:

«Te escribiré primero,
pero escribe. Hasta pronto... No olvides que te
espero».

Y después... en sus cartas decía:

«Si vinieras,

qué sorpresa la tuya! Qué cambio...! Si me vieras!
Las brisas de mi lago fueron auras de vida,
Razón tuviste. Ha vuelto la esperanza perdida.
Recuerdas? Tú decías: Todo eso pronto pasa,
y es verdad. La alegría de nuevo está en mi casa.
Soy otra... y soy la misma: tú entiendes. Frescas
rosas

se abren en mis mejillas, que eran dos tuberosas.
(Bien sé que de esta frase burla harás con tu flema,
mas no importa. No es mía: la copié de un poema).
Hoy río, canto y juego como chiquilla. El piano,
cerrado tanto tiempo, ya al roce de mi mano
es música perenne. Las viejas *Melodías*
cómo evocan recuerdos de venturosos días!
Soy otra... habrás de verlo. Pasaron mis congojas,
y creí que me iría con las marchitas hojas».

Sueños de una alma casta... Visión desvanecida!
Creyó en la Vida... Y pronto la traicionó la Vida!

Para siempre descansa del rigor de la suerte,
con su velo de novia tejido por la Muerte,
con todas sus quimeras, con todos sus anhelos,
junto al nativo lago... bajo brumosos cielos.

Jesús

(De V. Hugo)

Uno de aquellos que a Jesús herían
con blasfemias, después de flagelarlo,
arrancóle un puñado de cabellos
en tibia sangre y en sudor bañados;

y dijo, alzando los crispados puños:
«Voy a ofrendarlos a Caifás.» El manto
de la noche cayó sobre la tierra,
y el hombre caminaba apresurado.

De pronto se detuvo como presa
de una visión deslumbradora, y pálido
y amedrentado vaciló... Tenía
un haz de resplandores en la mano.

El beso

(DE ROSTAND)

Cyrano

Del llanto al beso, en dulce desvarío,
hay apenas un leve calofrío.

Rosana

Cállate!

Cyrano

Y qué es un beso? Un juramento
hecho muy cerca, en mudo arrobamiento,
es promesa sin voz, punto rosado
de la *i* de pasión; secreto amado
que hace del labio, seductor oído.
Es un fugaz instante
de infinito y de cielo, con rüido
de abeja susurrante.
Es comunión de amor que sabe a rosa,
manera de aspirar en dulce calma
del corazón la esencia misteriosa,
y de gustar, sobre la boca, el alma.

El organillo.

(DE SFRECCURTI)

Un organillo suena a la distancia,
la noche llega con sus vagos ruidos,
y sube de los campos a mi estancia
un hálito que embriaga mis sentidos.

No sé por qué me invade la tristeza
y a mis ojos asoma llanto ardiente...
En la mano reclino la cabeza,
y pienso a solas en mi amor ausente.